

pondióle Donata: «Nosotras damos al Cesar la honra que le es debida, pero á Dios solo ofrecemos el tributo de nuestros religiosos obsequios y de nuestras oraciones.»—Vestina dijo: «Yo soy tambien cristiana:» y añadió Segunda: «Yo tengo la misma fé en mi Dios, y quiero permanecer con él para siempre: por lo que hace á vuestros dioses, nunca los reconoceremos ni los adoraremos.»—El procónsul mandó los separaran unos de otros, y haciendo despues que se acercasen los hombres, dijo á Esperato: «¿Perseveras tú en ser cristiano?»—«Si persevero,» le respondió; y reiterando su confesion, escuchad todos, dijo en voz mas alta: «Yo soy cristiano;» y todos sus compañeros al oírle repitieron: «Nosotros somos cristianos.»—Replicóles el procónsul: «¿Luego no quereis reflexionar, ni conseguir el perdon?»—Respondió Esperato: «Los combatientes valerosos no piden cuartel; haced lo que querais, que nosotros moriremos con alegría por Jesucristo.»—Preguntóles el procónsul ¿qué libros eran los que leian y á los cuales tanta veneracion profesaban?—Respondióle Esperato: «Los cuatro Evangelios de nuestro Señor Jesucristo, las Epistolas del Apóstol San Pablo, y toda la Escritura inspirada por Dios.»—El procónsul dijo: «Os concedo tres dias para que determineis;» y Esperato le replicó: «Yo soy cristiano y todos los que aquí estamos, y jamás abandonaremos la fé de Jesucristo; haced pues lo que os plazca.»

El procónsul, al ver su inflexible constancia, dictó al notario la sentencia concebida en estos términos: «A Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino, Letancio, Januaria, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, por haber confesado que son cristianos y rehusado tributar sus respetos al emperador, mando que se les corte la cabeza.»—Oída la sentencia, Esperato y todos sus compañeros dijeron: *damos gracias á*

*Dios que hoy nos hace la honra de admitirnos al reino celestial en calidad de mártires.* Al punto se les condujo al lugar del suplicio, donde puestos todos de rodillas, y dando de nuevo gracias á Jesucristo, les fué cortada la cabeza; y ellos interceden por nosotros al Altísimo. Asi concluyen los piadosos autores de estas actas, los cuales hallaron arbitrio de estraerlas de los registros públicos; y las hemos traducido fielmente como uno de los monumentos mas respetados en este género. Tales son los mártires Escilitanos, tan famosos en Africa y aun en toda la Iglesia. Celebrólos Tertuliano con una especie de entusiasmo, y ellos influyeron mucho en la resolución que tomó de componer su apología de la Religion cristiana, de la que habian dado tan glorioso testimonio.

Tambien prendieron en la capital de Africa á cuatro hombres, cuyos nombres son Revocato, Saturnino, Saturo y Secundulo, y dos mugeres llamadas Perpetua y Felicitas. Pero estas dos heroínas, infinitamente superiores á su sexo, dieron á este triunfo su principal esplendor; de suerte que las actas solo se titulaban con el nombre de las mugeres y no con el de los hombres. Asi lo nota San Agustin hablando de ellas con admiracion, y comparándolas con San Esteban, con San Lorenzo y con todos los mas ilustres mártires. No hay cosa mas patética que la historia de sus combates, escrita en parte por la misma Santa Perpetua, y lo restante por un autor contemporáneo de mucha autoridad, que se cree haber sido Tertuliano.

Era Perpetua una muger noble, de edad de veinte y dos años, ya viuda, segun se cree, de mucho talento y atractivos, y de un carácter franco é ingenuo que agrada mas que todos los talentos y hermosuras. Tenia un niño de pecho, y no le permitia su ternura perderle de vista, ni confiar á otra muger estraña el cuidado de criarle.

No tenia menos grandeza de alma Felicitas aunque de inferior nacimiento; era tambien jóven y se hallaba actualmente en cinta. Luego que prendieron á Perpetua, su padre, que era el único gentil que habia en su familia, y que amaba en extremo á su hija, corrió á la cárcel con un ardor que solo al afecto paterno podia inspirar á un hombre de edad tan avanzada:

Mas escuchemos de boca de su elocuente y santa hija la relacion de una escena tan dolorosa. «Padre mio, le dijo, ¿podemos nosotros alterar los nombres que corresponden á la esencia de las cosas?»—«No por cierto,» le respondió. «—Pues yo tampoco puedo dejar de ser y llamarme cristiana.» Al oír estas palabras que le traspasaron de dolor, continúan las actas, se arrojó sobre mí en ademan de arrancarme los ojos; pero confundiéndose despues por haberse dejado arrebatar de su ira, se apartó á un lado abandonándose á la desesperacion, como lo mostraba con sus gemidos. Pasáronse despues algunos dias sin que viniese á verme, y yo dí gracias al Señor porque me preservaba de una tentacion tan peligrosa. Fuimos bautizados en este intervalo, y al salir de la sagrada fuente me inspiró el Espíritu Santo que no pidiese otro favor que el de la constancia en los tormentos. Me condujeron poco despues á la prision, y confieso que me estremecí al entrar en ella, porque jamás habia visto morada mas triste ni tinieblas mas horrosas. ¡Oh qué dias tan terribles! ¡qué calor tan insoportable! Añadíase á esto el pestífero olor que causaba la multitud de infelices estrechados y casi hacinados unos sobre otros, y la inhumanidad de los carceleros y centinelas; pero lo que mas me afligia era el cuidado de mi hijo. Al fin, los dignos ministros que nos asistian en nombre de la Iglesia, los diáconos Testino y Pomponio, consiguieron á fuerza de dinero que

se nos permitiese pasar algunas horas del dia en un lugar menos incómodo. Salimos apresuradamente, y mi primera y mas urgente diligencia fué dar el pecho á mi niño que se moria de hambre. Recomendéle tiernamente á mi madre, que habia venido á verme, y exhorté á mi hermano á la constancia en la fé. Yo me consumia de dolor á vista de las aficciones que causaba á mis deudos, y pasé muchos dias en crueles penas interiores. Pero de improviso me hallé fortalecida con un auxilio tan abundante de la gracia, que me ví libre de todas mis molestias y de las inquietudes que hasta entonces habia tenido por mi hijo. No solo se me hizo llevadera la prision, sino que fué para mí una morada mas agradable que todos los palacios que me pudieran ofrecer.

»Dijome entonces mi hermano: «Yo sé, hermana mia, que podeis mucho para con Dios; pedidle que os revele si os librareis de la muerte, ó si consumareis vuestro sacrificio.» Como yo no podia acordarme, sin un amor lleno de confianza, de las gracias que habia recibido de Dios, prometí á mi hermano que á la mañana siguiente responderia á su duda. Hice oracion efectivamente, y hé aquí las luces que me fueron comunicadas: parecióme ver una escala de oro tan alta que llegaba al cielo, pero tan angosta que solo podia subir por ella una persona. Por los lados estaba llena de cuchillos, espadas y otros instrumentos tan cortantes y de tal modo dispuestos, que al que subiese sin una extrema precaucion y sin mirar siempre á lo alto, quedaria despedazado todo su cuerpo. Habia un formidable y espantoso dragon al pié de la escalera, en ademán de precipitarse sobre los que iban á subir y aterrándolos con sus rugidos. Ascendió sin embargo Saturo sin amedrentarse, y cuando hubo llegado á lo alto, me dijo: «yo te aguardo, Perpetua; pero defiéndete de



dragon. Ningun daño me hará, le respondí, porque confío en Nuestro Señor Todopoderoso. Acerquémeme en efecto á la escalera, y el dragon no hizo mas que levantar débilmente la cabeza, como si me tuviese miedo; de modo que le puse el pié encima, y me sirvió de primer escalon. Al punto que pisé lo alto de la escalera, descubrí un inmenso jardin, y en medio un hombre vestido de pastor, con los cabellos blancos como el ampo de la nieve, acompañado de muchos miles de personas vestidas de blanco. Hablóme con agrado y me dijo: «seáis bien venida, hija mia;» y mandándome acercar me puso en los lábios un manjar delicioso, que yo recibí cruzando las dos manos. Respondieron cuantos presentes estaban, *amen*; con lo cual disperté, y conocí que mascaba todavía una cosa de extraordinaria dulzura. Ansiaba en extremo referir esta vision á mi hermano, el que adivinó que estábamos destinados á ser martirizados, y desde entonces principiamos á desprendernos enteramente de las esperanzas del siglo. Lo que mas dió á entender á Santa Perpetua y á su hermano que morirían por Jesucristo, fué la Eucaristía que era costumbre dar á los mártires para prepararlos al combate, y que estaba significada en el manjar celestial que se le presentó en la vision.

Algunos dias despues, prosigue la Santa, corrió la voz de que íbamos á ser interrogados; mi padre vino á la prision, no menos desasosegado que la primera vez, y me dijo: «ten piedad, hija mia, de mis canas; ten piedad de tu padre, si me reputas digno de este nombre. Yo te he educado con mucho esmero y ternura, te he manifestado mayor afecto que á tus hermanos, y no debes ahora llenarme de oprobio á los ojos del público. Ten delante de tus ojos el amor de tus parientes y deudos, de tu madre y de tu tia; y consi-

dera que tu hijo no puede existir sin tí; suaviza tu aspereza y obstinacion que va á causar nuestra ruina; porque no esperes que ninguno de nosotros se atreva á presentarse en público, si eres sentenciada á una muerte infame.» Me apretaba las manos al mismo tiempo que me hablaba así y no cesaba de besármelas, regándolas con sus lágrimas; y aun se postró á mis pies, llamándome no ya hija, sino señora. Atravesáronme el corazon estas palabras y acciones de mi padre, y me compadecia mucho mas al considerar que era el único de nuestra familia que permanecia en tan estraña ceguera. Pero sin dejarme vencer por sus lágrimas, le manifesté las mas expresivas señales de ternura, y le dije: «en el interrogatorio sucederá lo que sea del agrado del Señor, pues no estamos en nuestras manos sino en las suyas.» Retiróse este infeliz padre lleno de amargura y desconsuelo.

Al dia siguiente, estando nosotros comiendo, vinieron de improviso á conducirnos á la presencia del juez. Esta noticia se divulgó al instante por toda la ciudad, y cuando llegamos habia ya en la plaza un innumerable concurso. Ejercia la magistratura suprema el procurador Hilariano, en lugar del procónsul Timiniano que habia fallecido. Hizonos subir á un tablado, y preguntó primero á mis compañeros, los cuales hicieron con valor su confesion. Vino despues á mí, y al instante apareció mi padre que traía consigo á mi hijo. Hizome retirar un poco, y arrojándoseme al cuello comenzó á instarme con mas viveza que nunca. Ayudábale el juez, el cual me dijo: «tened algun respeto á las canas de vuestro padre, y apiadaos de la edad tierna y de la inocencia de vuestro hijo; ablanden por fin vuestro corazon los clamores de este niño desgraciado y las lágrimas de todos vuestros deudos. ¿Qué os cuesta sacrificar

por la prosperidad de los emperadores?—Nunca haré tal cosa, le respondí, ni será capaz ningun objeto humano de separarme del Señor, ni de la compañía de estos Santos. —¿Luego sois cristiana? me dijo Hilariano. —Sí por cierto, le respondí, cristiana soy. —Y como mi padre procurase sacarme del tablado, mandó Hilariano que le obligasen á retirarse, y aun llegaron á maltratarle para que obedeciese. Sentí estos golpes con mas viveza que si yo los hubiese recibido, y mi corazon se despedazaba de dolor al ver tratado de aquella suerte al que me habia dado el ser. Entonces Hilariano pronunció la sentencia de muerte, condenándonos á todos á ser arrojados á las fieras.

Cuenta ademas Santa Perpetua otras dos visiones que la alentaron mas y mas á consumir su sacrificio, y con eso concluye su relacion. Por su parte el mártir Saturo tuvo otra que escribió por sí mismo para utilidad de todos. Vió, no solo la gloria celestial en que iba á entrar, sino que tambien, como sucedió á otros muchos mártires, recibió del Espíritu Santo conocimientos proféticos en beneficio de las iglesias, cuyas profecias serian largas de referir.

Tantos y tan prodigiosos favores dieron á esta tropa de Santos una constancia tan generosa, que conmovió á sus mismos perseguidores. El carcelero, llamado Pudente, empezó á concebir una alta idea de la virtud de sus presos, y llegó por fin á imitarla, abrazando valerosamente la fé. Mas la alegría de los mártires no era completa porque Felicitas estaba en el octavo mes de su preñez. Temía ella en extremo sobrevivir á los demas confesores, como debia suceder naturalmente, porque las leyes prohibian ejecutar la sentencia de muerte en las mugeres preñadas, hasta que pariesen. Todos se pusieron en fervorosa oracion tres dias antes del espec-

táculo en que debian ser arrojados á las fieras; y en el momento sintió Felicitas los dolores de parto, que fueron extraordinarios porque no habia llegado al término natural. Uno de los guardias que la oyó dar terribles gritos, la dijo: *pues si ahora haces esto, ¿qué será cuando te veas entre las garras de los leones?* Respondióle Felicitas: *yo soy ahora la que padezco, pero entonces padecerá y vencerá en mí Jesucristo.* Parió por fin una niña, la cual recogió una caritativa cristiana, que la miró siempre como hija propia.

La vispera del combate se sirvió á los Santos la comida que se acostumbraba dar en público á los que habian de perecer en el anfiteatro, y se llamaba cena libre, á fin de que tuviesen entera libertad de alegrarse por la última vez antes de su muerte. Pero los mártires convirtieron este convite en un ejercicio de caridad y de celo apostólico; ensalzaron á presencia de los idólatras la felicidad de padecer por Jesucristo, y les reprendieron su incredulidad, amenazándolos con las penas eternas. *Miradnos bien,* les dijo Saturo, que era elocuente, *para que podais conocernos en el dia del juicio final.* Retiráronse todos atónitos, y muchos de ellos reconocieron la excelencia de la fé y se convirtieron.

Habiendo por fin llegado el dia del combate, todos nuestros santos atletas, escepto Secundulo, á quien Dios se llevó para sí en la prision, comparecieron en el anfiteatro con semblantes serenos, en los que se veía pintado el gozo en vez del terror. Perpetua caminaba con paso tranquilo y los ojos bajos, encubriendo cuanto podia su hermosura; pero sin embargo, se echaba de ver su alegría interior, con mucho consuelo de los espectadores cristianos, y se la oía cantar en voz baja, cuando se escuchaba con atencion. No menor contento mostraba Felicitas al verse restablecida, para poder sufrir la muerte con todos los demas. —A la



puerta del anfiteatro quisieron poner á los mártires los adornos acostumbrados en estos espectáculos, que eran un manto encarnado á los hombres, como le usaban los sacerdotes de Saturno, y á las mugeres una banda que les ceñía la cabeza, como la traían las sacerdotisas de Ceres; pero ellos rehusaron estas insignias como otros tantos símbolos de idolatría, y Perpetua dijo: «Nosotros sacrificamos la vida por sustraernos de este criminal oprobio, y al tiempo de pronunciar vuestra sentencia, habeis ratificado este convenio: no parece justo imponer dos castigos por una misma causa.» El tribuno cedió, y se les permitió á todos entrar con sus propios vestidos. Miraron al pueblo, y le amenazaron de nuevo con los juicios divinos; y al llegar á donde estaba Hilariano, le dijeron con un tono y aire de autoridad: *tú nos condenas hoy á nosotros, pero el Eterno será en breve tu juez.* El pueblo irritado pidió que fuesen azotados por los monteros, que eran los que cuidaban de las bestias del anfiteatro. Poníanse estos ejecutores en línea, y daban cada uno un golpe á los prisioneros sentenciados, á los cuales llamaban *bestiarios*, haciéndolos pasar delante de ellos; y nuestros Santos mostraron la mayor alegría en verse azotados como el Salvador.

El Señor concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado; pues conferenciando todos juntos sobre el fin glorioso á que aspiraban, deseaba Saturnino servir de juguete á todo género de bestias feroces para sufrir mas prolijo martirio; y con efecto, él y Revocato fueron acometidos por un furioso leopardo, y despues los arrastró un oso, sin quitarles la vida. Por el contrario, nada temía tanto Saturo como el oso, y prefería el impetuoso furor de algun leopardo que le matase de la primer dentellada. Al principio le arrojaron á un javalí; pero el animal convirtió su furia

contra el montero que le habia soltado, el cual murió de las heridas pocos dias despues. Espusieron de nuevo á Saturo á la vista de un oso; mas no quiso este salir de su jaula, y retiraron al mártir segunda vez sin haber recibido ningun daño, lo que le dió ocasion para fortificar en la fé al carcelero Pudente, y despues predijo que un leopardo le quitaria de un golpe la vida, como lo deseaba. Con efecto; habiendo sido espuesto por la tercera vez á un leopardo monstruoso, se arrojó este sobre él con tal ímpetu, que de la primer mordedura lo bañó todo en sangre. Despidióse en este momento del carcelero fiel, y le dijo: *á Dios, querido Pudente, acordaos del triunfo de la fé, y que mi muerte os aliente en vez de desanimaros.* Pidió á Pudente el anillo que llevaba en el dedo, y mojándole en su sangre, se le devolvió como una prenda de su fé y de su santa amistad, y despues cayó muerto en el sitio que se llamaba *spoliarium*, donde eran degollados aquellos que las fieras dejaban con vida.

Las Santas Perpetua y Felicitas fueron espuestas, enteramente desnudas, en una red á una vaca furiosa; pero habiéndose compadecido el pueblo de la delicadeza de Perpetua y del triste estado de Felicitas, que habia parido dos dias antes, las retiraron para cubrirlas con alguna ropa, y de este modo volvieron á esponerlas. Felicitas, que no habia podido contener los gemidos al tiempo del parto, recibió con mucha alegría al animal feroz que la echó á tierra cubriéndola de heridas. Perpetua cayó de espaldas, y se incorporó luego; y viendo su vestido despedazado por un lado, procuró componérsele y cubrirse del modo mas honesto. Atóse tambien el cabello, porque el llevarle suelto era señal de tristeza, y no queria manifestarla en el dia de su triunfo. Púsose despues en pie súbitamente, dió la mano á Felicitas, que estaba en

extremo debilitada con sus heridas, y caminaron juntas hácia una puerta del anfiteatro, donde estaba un catecúmeno conocido de Perpetua. Habian pasado estos movimientos naturales en un éstasis que tenia absortos sus sentidos y todo su espíritu, de suerte que volviendo en sí como de un sueño profundo al acercarse á aquel cristiano, le preguntó: *¿cuándo nos esponen á las fieras?* Sorprendida quedó al oír lo que habia sucedido, y no queria creerlo hasta que observó su cuerpo todo ensangrentado. Mandó llamar á su hermano por medio del catecúmeno, y les exhortó al uno y al otro á la constancia en la fé y en el fervor. Pidió entonces el pueblo que los mártires fuesen conducidos al medio del anfiteatro para recibir el último golpe; y habiendo vuelto por sí solos fueron degollados sin hacer el menor movimiento. Mas como estas ejecuciones servian de ensayo á los nuevos gladiadores, que en tales casos se llamaban *confectores*, para acostumbrarse sin riesgo á ver correr la sangre, cayó Perpetua en manos de un confector inesperto que la hizo padecer mucho y dar algunos gritos: mas luego al punto recobró su tranquilidad, y ella misma le señaló el lugar donde debía herirla, coronando de este modo todas sus acciones heroicas.

Muy violenta fué tambien en las Galias esta persecucion de Severo. De una inscripcion antigua que se conserva en Leon, consta que perdieron entonces la vida diez y nueve mil hombres, sin contar las mugeres y niños; de modo que corria la sangre por las calles y plazas de la ciudad, lo cual parecería increíble si no atestiguasen otros muchos monumentos las enormes venganzas que hizo Severo cuando destruyó el partido de Albino, su competidor al imperio y que habia mandado en las Galias. Corrió á torrentes la sangre mas ilustre, y perdieron la vida hasta cuarenta consulares.

Comprendieron en esta carnicería á todo género de personas de uno y otro sexo, sin perdonar á las que mas se distinguian por su virtud y mérito. Es verdad que los cristianos de Leon y los de todas partes estaban inocentes en la rebelion; todos lo creían así; pero su sangre se tenia por muy despreciable para que la política se detuviese en examinar con detencion y prolijidad las cosas en medio de aquella confusion. Además, los fieles no tomaban parte alguna en los regocijos del triunfo de Severo, porque estaban mezclados con idolatras; y como el emperador se hallaba en las Galias, de donde debia pasar á la gran Bretaña para concluir algunos negocios que exigian su presencia, diéronse la mano la adulacion y la impiedad para oprimir á la inocencia falta de apoyo. Prendieron entonces al santo obispo Ireneo (1), y le llevaron ante el perseguidor, el cual le condenó á muerte, gloriándose de haber sacrificado al Pastor con las ovejas. Dióle sepultura un santo sacerdote llamado Zacarías, que pudo libertarse de la carnicería, y se cree que fué su sucesor.

La persecucion se estendió á las ciudades inmediatas, á donde San Ireneo habia enviado muchos operarios evangélicos. El presbitero Félix, ayudado de los diaconos Fortunato y Aquileo, ejercía su ministerio en Valencia con el mas copioso fruto. Habia abrazado el cristianismo la tercera parte de la ciudad, y las alabanzas del verdadero Dios se celebraban en ella con solemnidad. Al punto que el presidente Cornelio entró en Valencia, y oyó aquellos cánticos religiosos, quedó admirado sabiendo la severidad con que se trataba á los fieles en Leon. Mandó desde luego encarcelar á los tres misioneros, y despues de varios interrogatorios y repetidas torturas los condenó á perder la cabeza. Condu-

(1) Euseb. hist. lib. 5, cap. 20.